

Durante la segunda guerra mundial un buen número de escritores y periodistas judíos lograron llegar a los Estados Unidos vía Cuba, Marruecos e incluso Shanghai..., y todos ellos eran refugiados polacos. No siempre seguía las noticias sobre su llegada que aparecían en la prensa judía de Nueva York, por lo que nunca sabía qué colegas míos seguían con vida y cuáles habían perecido. Una tarde estaba sentado en la Biblioteca Pública que hay en el cruce de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y Dos y leía Los fantasmas de los vivos, de Gurney, Mayers y Podmor, cuando sentí que alguien me tocaba el codo. Un hombrecillo de frente muy despejada y cabellos negros que ya empezaban a encanecer estaba mirándome; llevaba unas gafas con montura de concha y tenía los ojos rasgados, igual que un chino. Me sonrió, mostrándome unos grandes dientes amarillentos. Tenía las mejillas chupadas, la nariz pequeña y un labio superior bastante grueso. Vestía una camisa arrugada y una corbata que le colgaba del cuello como si fuera una cinta para envolver regalos. Su sonrisa expresaba la astuta satisfacción de un amigo íntimo del pasado que se da cuenta de que no se le reconoce: estaba claro que disfrutaba con mi confusión. La verdad es que yo recordaba su rostro pero no lograba relacionarlo con ningún nombre. Es posible que las largas horas pasadas en aquella silla leyendo historias sobre telepatía, clarividencia y la vida más allá de la muerte hubieran logrado embotar un poco mis sentidos.

—Me ha olvidado, ¿eh? —dijo—. Vergüenza debería darle... Soy Chaikin.

En cuanto mencionó su nombre lo recordé todo. Escribía folletines para un periódico judío en Varsovia. Habíamos sido amigos. En aquellos tiempos incluso habíamos llegado a tutearnos, aunque él era veinte años mayor que yo.

—Así que sigue vivo —dije.

—Si a esto le llama estar vivo... ¿Tanto he envejecido?

—Sigue siendo el mismo schlemiel.

—No exactamente el mismo. Creía que estaba muerto, ¿verdad? Me faltó muy poco para estarlo. Salgamos de aquí y vayamos a tomar un vaso de café. ¿Qué está leyendo? ¿Ya ha aprendido el inglés?

—Lo suficiente para leer.

—¿Y de qué trata ese libro tan grueso?

Se lo dije.

—Entonces, ¿sigue interesado en todas esas tonterías?

Me puse en pie. Salimos de la sala de lectura, cruzamos la Sala de Catálogos y bajamos en el ascensor hasta la salida de la calle Cuarenta y Dos. Entramos en una de las cafeterías que había en esa calle. Quise invitarle a cenar pero Chaikin me aseguró que ya había comido. Lo único que deseaba de mí era un vaso de café bien fuerte.

—Me gustaría que estuviese caliente —dijo—. El café norteamericano nunca está lo bastante caliente. Además, odio el azúcar que usan. ¿Cree que podría encontrar algún terrón para que lo mastique?

Tuve que discutir con la chica de la barra para conseguir que me sirviera el café en un vaso y me diera un terrón de azúcar para un recién llegado que echaba de menos las viejas costumbres, pero no quería que Chaikin se metiera con Norteamérica. Ya tenía mis primeros papeles y estaba a punto de convertirme en ciudadano. Le llevé su vaso de café solo y una galleta de huevo como las que solían hornear en Varsovia. Chaikin la cogió con sus dedos amarillos de tanto fumar, la partió y probó un trocito.

—Demasiado dulce.

Encendió un cigarrillo y luego otro, hablando sin parar, y no pasó mucho tiempo antes de que el cenicero de nuestra mesa estuviera lleno de colillas y ceniza.

—Supongo que ya sabe que durante los últimos años estuve viviendo en Río de Janeiro —me dijo—. Siempre leía sus historias en The Forwerts. Si he de serle sincero, hasta hace poco pensaba que esa obsesión suya por la superstición y los milagros no era más que una excentricidad..., o quizá una afectación literaria. Pero me ha ocurrido algo que no consigo comprender.

—¿Ha visto un fantasma?

—Sí, podría decirse que sí.

—Bueno, ¿y a qué está esperando? Me encanta oír ese tipo de historias, sobre todo si vienen de un escéptico como usted.

—La verdad es que no me gusta hablar de ello. Estoy dispuesto a admitir que quizá haya un Dios incapaz de hacer funcionar correctamente este mundo miserable, pero jamás creí en esas tonterías que tanto le gustan. Sin embargo, a veces te topas con

algo para lo que no hay ningún tipo de explicación racional. Lo que me ocurrió..., bueno, parece una locura. O me pasé todos esos días fuera de mis cabales o estuve sufriendo una alucinación muy prolongada. Y, sin embargo, aún no estoy del todo loco. Probablemente sabrá que el estallido de la guerra me pilló en Francia. Cuando crearon el Gobierno de Vichy tuve ocasión de escapar a Casablanca, y de ahí llegué al Brasil. En Río tienen un pequeño periódico judío y me hicieron editor. Por cierto, volví a publicar casi todos sus cuentos... Río es preciosa pero ¿qué se puede hacer allí? Bebía su café amargo y garrapateaba mis artículos. Las mujeres de allí..., eso ya es otra historia. Debe de ser cosa del clima. Exigen amor con tanto entusiasmo que pueden poner en peligro hasta a un viejo solterón. Aproveché la primera ocasión y me marché a Nueva York. No hace falta que le diga que conseguir el visado no fue fácil. Zarpé en un barco argentino que tardó doce días en llegar a Nueva York.

»Cada vez que navego sufro una especie de crisis. Cuando estoy en un barco o en un hotel nunca sé orientarme. No logro encontrar mi habitación. Naturalmente, viajaba en clase turista y compartía mi camarote con un griego y dos italianos. El griego era un tipo bastante raro que no paraba de farfullar para sí mismo. No entiendo el griego pero estoy seguro de que maldecía. Quizá hubiera dejado atrás a una esposa joven y los celos le hacían sufrir. De noche, cuando estábamos a oscuras, sus ojos brillaban igual que los de un lobo. Los dos italianos parecían mellizos..., bajitos y gordos como toneles. Se pasaban el día y la mitad de la noche hablando entre ellos y se echaban a reír cada cinco o diez minutos. El italiano me es casi tan desconocido como el griego y traté de hacerme comprender hablando en mi mal francés. Como si le hablase a la pared... No me hicieron ni caso. El mar siempre me irrita la vejiga. Cada noche tenía que orinar diez veces, y bajar por la escalerilla de mi litera era un auténtico suplicio.

»Temía que me obligaran a pasar las comidas sentado con otras personas cuyo lenguaje no comprendía, pero me dieron una mesita individual cerca de la entrada. Al principio me sentí feliz. Pensé que podría comer en paz, pero nada más ver a mi camarero supe que íbamos a ser enemigos. Para odiar no hacen falta razones. Los argentinos no suelen ser muy corpulentos, pero aquel tipo era muy alto y tenía unos hombros anchísimos: era un auténtico gigante. Tenía los ojos de un asesino. Cuando se acercó por primera vez a mi mesa me lanzó tal mirada que me hizo estremecer. Su rostro se contorsionó y se le desorbitaron los ojos. Intenté hablarle en francés y luego probé con el alemán, pero él se limitó a menear la cabeza. Le pedí el menú por señas y me hizo esperar media hora. En cuanto le pedía algo, fuera lo que fuese, se me reía en la cara y me traía otra cosa. Tiraba los platos sobre la mesa con un golpe seco. Resumiendo, aquel camarero me había declarado la guerra. Me trataba con tanto desprecio que me ponía enfermo. Estaba en sus manos tres veces al día y siempre hallaba nuevas formas de maltratarme. Intentó servirme costillas de cerdo, aunque yo siempre se las devolvía intactas. Al principio pensé que sería nazi y quería hacerme daño porque sabía que yo era judío. Pero no se trataba de eso. En la mesa contigua había una familia judía. La mujer incluso llevaba un broche con la Estrella de David, pero él les servía de forma muy correcta y hasta hablaba con ellos. Acudí al encargado

del comedor y le pedí que me diera otra mesa, pero o no me comprendió o fingió no hacerlo. En el barco había bastantes pasajeros judíos y no me habría resultado difícil hacer amistades, pero me encontraba tan deprimido que me sentía incapaz de hablar con nadie. Acabé haciendo el esfuerzo de acercarme a alguien y me dio la espalda. La verdad es que a esas alturas ya empezaba a sospechar que alguna fuerza maligna trabajaba contra mí. No podía dormir. Me despertaba sobresaltado nada más conciliar el sueño. Tenía unas pesadillas horribles, como si alguien me hubiera echado una maldición. El barco poseía una pequeña biblioteca que incluía unos cuantos libros en francés y alemán. Estaban guardados en un armario de cristal. Le pedí un libro a la bibliotecaria; me miró, frunció el ceño y se dio la vuelta.

»“Millones de judíos están siendo insultados y torturados en los campos de concentración —me dije—. ¿Por qué habría de tener más suerte que ellos?”. Traté de portarme como un cristiano, aunque fuera por una vez, y quise responder al odio con amor. No funcionó. Pedí patatas y el camarero me trajo un bol de espaguetis fríos con un queso queapestaba. “Gracias”, le dije, pero aquel hijo de perra no me respondió. Me lanzó una mirada llena de un burlón desprecio. A veces los ojos de un hombre son más reveladores que cualquier palabra de un idioma... A veces basta con su boca o sus dientes. Todas aquellas ofensas no me preocupaban demasiado, pero la curiosidad me devoraba. Si lo que me estaba ocurriendo no era un mero producto de mi imaginación, tendría que hacer una revisión global de todos mis valores..., tendría que volver a las supersticiones de las eras más primitivas del hombre. Este café está helado.

—Ha dejado que se enfriara.

—Bah, olvídelo.

2

Chaikin apagó el último cigarrillo de su paquete.

—No sé si lo recordará, pero siempre he fumado mucho. Desde ese viaje enciendo un cigarrillo con la colilla del otro... Pero permítame seguir con la historia. El viaje duró doce días y cada día era peor que el anterior. Al final acabé dejando de comer. Empecé saltándome el desayuno. Después decidí que una comida al día era suficiente, por lo que sólo iba al comedor para cenar. Cada día era Yom Kippur. Si al menos hubiera encontrado un sitio donde estar tranquilo... Pero la clase turista estaba repleta. Las italianas se pasaban el día en las tumbonas cantando a voz en grito. El bar estaba lleno de hombres que jugaban a las cartas, las damas y el dominó mientras se bebían inmensas jarras de cerveza. Cuando pasamos el ecuador aquello se convirtió en una auténtica Gehenna. Me despertaba en plena noche para subir a cubierta y una ráfaga de calor que parecía salir de un horno me golpeaba el rostro. Tenía la sensación de que un cometa estaba a punto de chocar con la Tierra y haría hervir el océano. Las puestas de sol del ecuador son increíblemente hermosas... y aterradoras. La noche cae

de repente. Es de día y un segundo después todo está sumido en la oscuridad. La luna es tan grande como el sol y de un color rojo sangre. ¿Ha viajado alguna vez por aquellas latitudes? Solía tumbarme en cubierta y dormitaba allí para escapar de los dos italianos y el griego. Había aprendido un pequeño truco: siempre robaba algo del comedor, lo que fuese..., un trozo de queso, un panecillo, un plátano. Cuando mi enemigo descubrió que me llevaba comida al camarote se volvía loco de rabia. Una vez cogí una naranja y me la quitó de las manos. Pensé que iba a darme una paliza. Estaba realmente convencido de que podía intentar envenenarme y dejé de probar todo alimento cocinado.

»La cena del capitán se celebró dos días antes de la llegada a Nueva York. Decoraron el comedor con farolillos, guirnaldas y todo ese tipo de tonterías. Cuando entré en el comedor apenas lo reconocí. Los pasajeros llevaban trajes de noche, fracs..., de todo. Sobre las mesas había sombreros de papel y turbantes de color oro y plata, trompetas y las baratijas habituales en esas celebraciones. Los menús tenían cintas y borlas y eran más grandes que de costumbre. Sobre mi mesa había un gorro de bufón, dejado allí por mi enemigo.

»Tomé asiento y, dado que la mesa era pequeña y no estaba de humor para esas tonterías, tiré el gorro al suelo. Aquella noche tuve que esperar más que nunca. Sirvieron sopas, pescado, carne preparada de varias formas, compotas y pasteles, y yo seguía sentado ante mi plato vacío. Al oler la comida la boca se me hacía agua. Llevaba más de una hora esperando, cuando el camarero vino corriendo hasta mi mesa y me puso el menú en la mano con tal brusquedad que me rasgó la piel entre el pulgar y el índice. Entonces vio el gorro de bufón en el suelo. Lo cogió y me lo encasquetó en la cabeza con tanta violencia que me cayeron las gafas. Me negué a hacer el ridículo sólo para complacer a aquel canalla y me quité el gorro. Cuando lo vio empezó a gritar en su idioma y me amenazó con el puño. No quiso anotar lo que quería y se limitó a traerme pan seco y una jarra de vino rancio. Tenía tanta hambre que me comí el pan y me bebí el vino. Los sudamericanos siempre se toman muy en serio la cena del capitán. Cada dos o tres minutos se oía el estampido de una botella de champán al ser descorchada. La orquesta tocaba a toda velocidad. Parejas de ancianos gordos bailaban en la pista. Cuando pienso en lo que ocurrió ya no me parece tan terriblemente dramático, pero entonces habría dado un año de mi vida por saber cuál era la razón de que aquel canalla me atormentara con tanta crueldad. Mi única esperanza era que alguien se diese cuenta de lo que me hacía, pero a nadie parecía importarle. De hecho, tuve la impresión de que mis vecinos más próximos se reían de mí..., incluso los judíos. Ya sabe cómo funciona el cerebro en esa clase de situaciones.

»Viendo que no iba a conseguir más comida, decidí volver a mi camarote. Ni el griego ni los italianos estaban allí. Trepé por la escalerilla que llevaba hasta mi litera y me acosté con la ropa puesta. El mar estaba bastante embravecido y sobre mi cabeza resonaban los gritos, la música y las risas del gran salón. Se lo estaban pasando maravillosamente.

»Me sentía tan cansado que me dormí en seguida. No recuerdo haber caído nunca en un sopor tan profundo. La cabeza me pesaba tanto que parecía atravesar la almohada. Tenía los miembros entumecidos. Quizá sea lo que se siente al morir. Y de repente me desperté sobresaltado, con una terrible punzada de dolor atravesándome la vejiga. Necesitaba orinar. Tengo la próstata demasiado grande y sólo Dios sabe cuántas cosas más... Mis compañeros de camarote no habían regresado. El suelo de los pasillos estaba cubierto de vómitos. Satisfice mi necesidad y decidí subir a cubierta para tomar un poco el aire. Los tablones de la cubierta se veían limpios y húmedos, como si acabaran de fregarlos. El cielo estaba lleno de nubes, el oleaje era bastante fuerte y el barco se agitaba violentamente de un lado para otro. Hacía demasiado frío para quedarse mucho rato, pero yo estaba decidido a aspirar unas cuantas bocanadas de aire fresco y traté de dar un paseo.

»Y entonces ocurrió aquello que aún sigue pareciéndome imposible. Llegué a la barandilla de popa y me di la vuelta. Pero no estaba solo como creía. Vi a mi camarero. Me estremecí. ¿Habría estado acechando en la oscuridad, aguardándome? Aunque sabía que era él, daba la impresión de estar hecho de niebla. Venía hacia mí. Intenté huir pero un bandazo del barco me hizo caer en sus manos. No puedo describirle lo que sentí en ese instante. Cuando aún no era más que un mocoso yeshiva, oí como un gato atrapaba a un ratón en plena noche. Han pasado casi cuarenta años pero el chillido de aquel ratón sigue acosándome. La desesperación de cuanto estaba vivo gritaba por boca de aquel animalito. Yo había caído en las garras de mi enemigo y su odio me era tan incomprensible como el del gato para el ratón. No necesito decirle que no tengo madera de héroe. Siempre he rehuido las peleas, incluso de joven. Mi naturaleza me impide levantar la mano contra alguien pero, aun así, descubrí que estaba dispuesta a ofrecerle resistencia. Le empujé y él me empujó. Luchamos, y empecé a preguntarme si aquel hombre podía ser mi archienemigo del comedor. El camarero podría haberme matado de un solo puñetazo. El hombre con quien luchaba no era el gigante a quien tanto temía. Sus brazos parecían estar hechos de goma, de gelatina, de plumas..., no se me ocurre otra manera de expresarlo. Sus empujones apenas tenían fuerza, y logré hacerle retroceder. No dijo nada. En cuanto a por qué no grite pidiendo socorro..., no tengo ni idea. De todas formas, nadie podría haberme oído, pues el océano rugía y atronaba. Luchamos en silencio, debatiéndonos tozudamente, y el barco seguía cabeceando de un lado para otro. Resbalé, pero logré conservar el equilibrio. No sé cuánto duró el duelo. Cinco minutos, diez, o quizá más tiempo. Hay una cosa que sí recuerdo: no me dejé dominar por la desesperación. Tenía que luchar y luché sin miedo. Más tarde pensé que así es como deben de luchar dos ciervos que quieren conseguir a la misma hembra. La naturaleza les ordena que luchen y ellos obedecen. Pero el combate se prolongaba, y no tardé en sentirme agotado. Tenía la camisa empapada. Veía chispas ante mis ojos. No, no eran chispas..., eran como manchas de sol. Mi cuerpo y mi alma estaban absortos en el combate y no había espacio para ninguna otra sensación. De repente me encontré junto a la barandilla. Cogí al demonio o lo que fuera y le arrojé por la borda. Parecía

extrañamente ligero..., como si estuviera hecho de espuma o de esponja. Mi pánico me impidió ver qué era de él.

»Después se me doblaron las piernas y caí sobre la cubierta. Me quedé tendido allí hasta las primeras luces grisáceas del amanecer. Que no pillara una neumonía ya es un auténtico milagro... No llegué a quedarme totalmente dormido, pero tampoco estaba despierto. En cuanto amaneció empezó a llover y la lluvia debió de revivirme. Volví casi arrastrándome a mi camarote. El griego y los italianos roncaban como bueyes. Trepé por la escalerilla y me derrumbé en mi litera, exhausto. Cuando desperté, el camarote estaba vacío. Era la una de la tarde.

—Luchó con un cuerpo astral —le dije.

—¿Cómo? Sabía que diría algo parecido... Usted siempre tiene nombres para todo. Pero, espere, aún no he terminado con la historia.

—¿Qué más ocurrió?

—Cuando me levanté seguía sintiéndome terriblemente débil. Fui al comedor, queriendo convencerme de que todo aquello no había sido más que una pesadilla. ¿Qué otra cosa podía ser? Levantar la mole de aquel camarero me habría resultado tan imposible como a usted el levantar toda esta cafetería, así que fui hasta mi mesa y me senté. Era la hora de almorzar. Apenas llevaba un minuto sentado, cuando un camarero vino hacia mí..., no mi encarnizado enemigo sino otro, bajito, delgado y muy amable. Me entregó el menú y, muy cortésmente, me preguntó qué deseaba. Intenté averiguar dónde estaba el otro camarero, primero en pésimo francés y luego en alemán. Pero no pareció comprenderme; el caso es que me contestó en castellano. Intenté conversar por signos pero fue inútil. Le señalé algunos platos del menú y en seguida me trajo lo que le había pedido. Fue mi primera comida decente en ese barco. Aquel camarero se encargó de servirme hasta que atracamos en Nueva York. El otro no volvió a aparecer... como si realmente le hubiera arrojado al océano. Y ésa es toda la historia.

—Una historia muy extraña.

—¿Qué sentido cree que tiene? ¿Por qué me odiaba tanto? ¿Y qué es un cuerpo astral?

Intenté explicarle a Chaikin lo que había aprendido sobre tales fenómenos en los libros de ocultismo. Dentro de nuestro cuerpo hay otro cuerpo; tiene la misma forma y miembros que nuestro cuerpo material pero está hecho de una sustancia espiritual, una especie de transición entre lo corpóreo y lo fantasmal...; es un ser etéreo cuyos poderes se hallan por encima de las leyes físicas y fisiológicas que conocemos. Los ojos de Chaikin me contemplaron a través de sus gafas con montura de concha, lanzándome una mirada adusta cargada de reproches mientras sus labios sonreían

levemente.

—El cuerpo astral no existe. Había bebido demasiado vino y tenía el estómago vacío. Todo fue cosa de mi fantasía.

—Entonces, ¿cómo explica el que ese camarero no volviese a aparecer por el comedor?
—le pregunté.

Chaikin cogió una colilla y empezó a hurgar en sus bolsillos buscando cerillas.

—A veces los camareros cambian de sitio. ¡Oh, lo que no se le ocurra a unos nervios alterados...! Además, creo que le vi unas semanas después en Nueva York. Entré en una taberna para llamar por teléfono y allí estaba, sentado ante la barra..., a menos que fuera otro fantasma.

Nos quedamos callados durante un rato bastante largo.

—En cuanto a lo que tenía contra mí, nunca lo sabré —acabó diciendo Chaikin.